

SIMILIS CUM SIMILI.

(1880)

Los animales están en grande.

Son los niños mimados, por no decir los dueños, de la situación. Están como la nata sobre la leche.

A lo último de la calle de Embajadores, cerca de la Inclusa, que se está cayendo, se les construye para escuela de Veterinaria un palacio mucho mayor, diez veces más suntuoso y cien veces más caro que la facultad de Medicina.

Tienen en Madrid para ellos solos una *Sociedad protectora* que se halla lo menos á cien codos por encima de la *Sociedad protectora de los niños*; pues mientras en ésta la persona más visible es un administrador ó cosa así de una antigua sociedad de crédito, la protectora de los animales cuenta en su seno condes y marqueses como niebla. Todo lo más florido de la antigua aristocracia que como Esaú ha vendido sus glorias y sus privilegios y por una hartura de potaje liberal, todo lo

más granado de entre esa cáfila de personajes que por diversas artes, casi todas malas, han adquirido mucho dinero, un palacio y un título de Castilla.

Un caballo inglés de esos que corren, después de pasarse una vida regalada y muelle, con la ración segura y con una lujosa instalación que para sí propios envidiarían nueve de los dieciocho millones de españoles que hay en España, gana en un día de carreras más que un abogado en todo el año de Dios, y más que un jornalero en toda su vida. Se dirá que lo gana para su amo; pero la verdad es que todo queda en casa, y que si no lo ganara ni tuviera probabilidad de ganarlo, no se llevara tan buena vida.

Como si todo esto fuera poco, Víctor Hugo parece que acaba de dedicar á uno de los individuos más caracterizados de la clase, al asno, todo un poema, que, según dicen sus admiradores, es de lo mejor que ha echado de sí la imaginación del furioso corifeo de la impiedad, de mucho tiempo á esta parte.

«Víctor Hugo—dice un revistero—personifica en su asno, que se llama *Paciencia*, la ignorancia humilde y despreciada, y la compara con la insultante pedantería de los pretendidos sábios.» Es decir, que pone al asno por encima de los más sabios de los hombres.

Y como si todo esto aún no fuera bastante, publica la madrileña *Sociedad Protectora de*

Animales un Boletín, redactado, según en el mismo se dice, por todos los señores socios protectores, en colaboración, al parecer, con los protegidos, aunque éstos no firman por modestia, impreso con más lujo que ninguna revista científica.

Boletín en donde, á vuelta de mil desatinos de todas especies, que parecen plagiados verbigracia de *El Tiempo*, hay una de piropos á los animales, que, si éstos supieran leer y los leyeran, se ruborizaban de seguro.

Lo de menos es allí atribuir á los animales inteligencia como al hombre. Allí se llega á proclamar francamente la superioridad de la *inteligencia de los animales* comparada con la de las personas, lo cual, hablando aquí formalmente, es una barbaridad, aún cuando las personas sean de las que redactan el *Boletín de la Sociedad Protectora*.

Allí, en un artículo ó discurso titulado *Inteligencia de los animales domésticos*, después de haber referido lo que hace un pobre animalito para salvar á sus hijos, el autor entusiasmado exclama: «Y bien, señores, ¿haría más, *ni tanto*, una persona? En circunstancias parecidas, la mayoría de las mujeres se arrojarían también al agua para salvar al hijo de sus entrañas; pero si tratándose del acto instintivo, no habían de mostrarse reacias al grito del amor maternal, lo probable es que salvas muy raras excepciones, les fal-

tase la serenidad indispensable para *discurrir* con acierto y acomodar sus operaciones ulteriores (precisamente las intelectuales) á las exigencias de tan apurada situación.»

En donde, como se ve, se concede que la mujer puede llegar en instinto, por ejemplo, á la perra, pero lo que es en *inteligencia*, de ningún modo.

Y más adelante, quejándose de que los animales no estén en la sociedad todo lo considerados que debieran, dice que si el hombre no cediese con deplorable frecuencia al estímulo de innobles pasiones, «además de cuidar bien á los animales domésticos, les dispensaría los *miramientos* que, por su preeminencia misma en la escala zoológica, debe á *seres inteligentes*, sensibles y dotados de *afecciones, como él*. Desgraciadamente y para su vergüenza está muy lejos de hacerlo así.»

Lo que es una vergüenza es que con tanta serenidad se publiquen tan enormes despropósitos; porque ha de saber este panegirista de los animales y todos los demás protectores que «las bestias no tienen entendimiento», proposición que se enseña en toda sana filosofía, y que si no es *de fe* en el sentido estricto de la frase, es quizá porque ningún Concilio ni ningún Papa creyó jamás que la estupidez liberal llegase á proclamar lo contrario; por lo demás, está expresamente contenida en la Sagrada Escritura, en el Salmo XXXI, que

dice: *Nollite fieri sicut equus et mulus, QUIBUS NON EST INTELLECTUS.*

¡Pero váyanle ustedes con estas cosas á *El tiempo*, verbigracia, que á más de no saber latín, tampoco entiende el castellano!

Por eso suele officiar también de órgano interino de la Sociedad Protectora de Animales.

Conocí yo á una señora afrancesada que solía llamar á los garbanzos *la cebada racional*; y como es posible que *El Tiempo* haya oído alguna vez la frasecilla, también puede ser que de ahí le venga por asociación de ideas, digámoslo así, su afición al garbanzo.

Mas sea de esto lo que quiera, lo cierto es que *El Tiempo* salió anoche encabezando su parte editorial *interior*, donde publica sus desahogos conservadores y todas las cosas que él tiene por más importantes, con un medio artículo en alabanza y honor de la Sociedad de animales protectora.

Comienza así:

«Bajo la presidencia del excelentísimo señor marqués de San Carlos, se reunió anoche la Junta general de la Sociedad Protectora de los Animales, asistiendo gran número de socios, entre los que se encontraban varias señoras.

El objeto principal de la reunión, era la elección de Presidente y renovación reglamentaria de varios cargos de la Junta directiva.

Terminado el escrutinio, resultaron elegidos: Presidente, el excelentísimo señor don José de Cárdenas.....»

Perfectamente. Aquí sí que sí, y no en la Dirección general de Instrucción pública, es donde el director de *El Tiempo* está en carácter. Lo abrumador es que, con el cargo de presidente de la Sociedad de animales protectora (permítase el hiperbaton), conserve el de jefe inmediato de la pública enseñanza.

Después, dice *El Tiempo* que se discutió la creación de centros infantiles, donde propagar las ideas protectoras, sin que dé cuenta de que se le ocurriera á alguno que esos centros podían ser las escuelas, sustituyendo las ideas protectoras en lugar del Catecismo.

Pero ya se les ocurrirá otro día.

Mientras tanto, otro periódico de la misma naturaleza que *El Tiempo*, nos da la noticia de que, entre los individuos de la Sociedad de animales... protectora, bulle la idea de solicitar autorización del Gobierno para usar una medalla como distintivo.

A la exhibición de esa medalla, si el Gobierno accede á todo lo que solicita la protectora sociedad, cualquier agente municipal ó de orden público, cualquier número de la Guardia civil, ó cualquier otro individuo de cualquiera de los institutos armados, tendrá obligación de ponerse incondicionalmente á las órdenes del que se la exhiba, para de-

fender á cualquier socio pasivo, es decir, á cualquier animal que sea maltratado por su dueño.

De modo que ¡buena la van á tener los carreteros, los cocheros y todos los que tienen que sufrir el mayor mal de los males, que es tratar con animales!

Como que aún sin estar en vigor todavía lo de la medalla, ya la emprenden los socios de la Protectora con cualquier infeliz mortal que falte al respecto á alguno de sus protegidos.

El día pasado presencié yo en la calle de la Libertad una escena curiosa.

Iba por dicha calle uno de esos jardineros ambulantes que venden *la planta de geráneo rosa* y *el tiesto de claveles dobles*, llevando del ramal un burro cargado de macetas.

El burro no cabestreaba bien, y, fuera por distracción ó fuera por cansancio, se paraba á cada momento, haciendo á su amo á lo mejor suspender el cántico melodioso con queregonaba la mercancía.

Enfadado una vez el vendedor se puso detrás del burro y le sacudió media docena de palos en las ancas para espabilarle.

Inmediatamente comenzó á apostrofar al hombre con dureza un sietemesino muy elegante que volvía de tomar un billete para la exposición de pantorrillas del teatro de la Alhambra.

El hombre le contestaba que el burro era suyo y podía hacer con él lo que quisiera, sin que á nadie le importara un cuerno: el sietemesino insistía en sus apóstrofes cada vez más duros: en lo mejor de la reyerta pasó por allí una señorona en lujosa berlina con coronas de marqués en las portezuelas, y mandando parar al cochero, empezó también á ayudar al sietemesino y á reprender al hombre, amenazándole primero con dar parte al gobernador y después con llamar á un polizonte y llevarle á la cárcel.

Entonces acobardado el pobre vendedor de flores, dijo en tono amistoso á su pollino tirándole suavemente del cabestro:

—Vamos, anda, burro, anda; que no creí que tenías tan elevada parentela.

LAS CATÁSTROFES.

(1881)

Cuando en el gallinero generalmente bien poblado de una posada entra después de anochecido la cocinera á caza de algún pollo con que preparar la cena á un viajero que llegó á deshora, todo el gremio se alarma y cacarea un poco al ver la luz y al oír los graznidos lastimeros de la víctima; pero en cuanto la luz desaparece, y la víctima cierra el pico por virtud de una operación que llaman retorcer el pescuezo, se serena el cotarro alborotado, y todo bicho viviente, hasta el gallo inclusive, se vuelve á dormir, como si no hubiera cocineras en el mundo.

Lo mismo pasa en ese otro gallinero que modernamente les ha salido á los pueblos que se dicen civilizados, con el pomposo nombre de prensa periódica.

Se descarrila un tren, ó se chocan dos, ó se hunden tres casas ó treinta andamios, haciendo con operarios y moradores y viajeros sangrienta tortilla, y el gallinero de la publici-

dad se alborota un momento, chilla un rato, cacarea dos ó tres días; mas en cuanto los muertos han sido enterrados, y á los heridos se les ha restañado la sangre, se vuelve á quedar en silencio, si no durmiendo, porque eso es menos liberal, picoteando los granillos que los responsables de tanto desperfecto le arrojan de cuando en cuando para que calle.

En casi todas esas grandes catástrofes cuyo sólo relato eriza los cabellos, aparece clara y evidente la culpa, y sin embargo nadie la paga.

El año pasado se hundió un puente de hierro en una carretera al ir á probarle, ocasionando al par que gravísimos perjuicios materiales, una docena de víctimas humanas. ¿Exigióse acaso la responsabilidad al contratista?

Todos los días se oye decir que se ha hundido un andamio y que han perecido tres ó cuatro obreros. ¿Se exige alguna vez la responsabilidad á los constructores?

Contrayéndonos á los ferrocarriles, por ser los descarrilamientos y choques de trenes las catástrofes que se repiten con más frecuencia, ¿qué medidas se toman para evitarlas? Ninguna absolutamente: lo que es medida eficaz, ninguna. La prensa de oposición chilla dos ó tres días, pidiendo responsabilidades; la prensa ministerial promete que el Gobierno ha de hacer y acontecer, y todo se olvida y todo se queda en hablado.

No hace muchos días que *La Correspondencia de España*, defensor nato de todo lo que no tiene defensa, trataba de apagar las quejas de otro periódico con estas ó parecidas palabras:

«Un periódico llama la atención del señor ministro de Fomento con objeto de que adopte las medidas más severas contra las Compañías de ferro-carriles, á fin de que se eviten los accidentes que todos los días se lamentan, de choques y descarrilamientos. Nuestro colega debe saber que hace muy poco tiempo se publicó una enérgica circular por la Dirección general de Obras públicas en aquel sentido, y tanto por el señor ministro de Fomento como por las mencionadas Compañías, se impone el correctivo de que se hace merecedor el funcionario que olvida el cumplimiento de su deber.»

Pamemas. «Lo cierto es, contestaba el periódico aludido, que menudean desgraciadamente los accidentes en las vías férreas, y hay que buscar y estirpar las causas de tan lamentables catástrofes.»

Y bien pudo añadir el periódico mencionado, que una de la razones más fuertes que tiene *La Correspondencia* para defender á las Compañías, es que sus redactores viajan gratis por donde quieren; aunque quizá no lo añadiría porque sus redactores viajen lo mismo.

Que se castiga al empleado que falta. ¿Y

es esto bastante? ¿Concluye ahí la responsabilidad de la Compañía? ¿Dónde están las indemnizaciones? Y si la catástrofe no acontece por culpa de ningún empleado, sino porque la Compañía emplea mal material móvil ó fijo, ¿á quién se castiga entonces?

Bien reciente está el choque ocurrido en la línea del Mediodía, ahí, á las puertas de Madrid; en esa catástrofe terrible tiene la Compañía dos culpas graves, una inmediata y otra mediata. La primera por anunciar la vía libre habiendo dado salida á un tren de mercancías poco antes; la segunda por no tener la vía en el estado que reclaman las necesidades del servicio; y si la primera puede ser de un empleado, la segunda es de la Compañía única y exclusivamente.

¿Cómo se quiere que por una vía sola se haga el servicio entre Madrid y Alcázar de San Juan, donde afluyen lo menos cuatro líneas generales? El número de trenes ascendentes y descendentes tiene que ser muy grande, los empleados tienen que tener una maravillosa confusión de trenes en la cabeza, y las catástrofes tienen que repetirse.

El servicio está pidiendo la segunda vía en ese trayecto; la explanación y las obras de fábrica están hechas para vía doble; no falta más que emplear un poco de madera y hierro. ¿Por qué no se obliga á la Compañía de Madrid á Zaragoza y Alicante, á tender la

segunda vía, siquiera en ese trayecto de Madrid á Alcázar?

Por una razón muy sencilla. Por la misma porque no se obliga á la Compañía del Norte á tender la segunda vía de Madrid á Villalba y de Medina del Campo á Venta de Baños, por la misma porque no se obliga aquí nunca á ninguna Compañía á nada, ni se la exige responsabilidad de nada.

Porque la inmoralidad, que tiende sus alas asquerosas sobre todos los servicios públicos en los pueblos gobernados á la moderna, está especialmente apoderada de todo lo concierne á empresas de ferrocarriles.

Toda Compañía empieza por rodearse de una muralla de hombres políticos importantes, pertenecientes á todas las fracciones del liberalismo, muralla que, con el pudoroso nombre de Consejo de Administración, ha de librarla de los tiros de cualquier particular y defenderla contra toda reclamación, por justa y legítima que fuere.

Por este sistema, mande quien mande, la Compañía tiene siempre consejeros, es decir, copartícipes, empleados en el manejo de la cosa pública; y como ningún loco tira piedras é su tejado, la Compañía no tiene que temer nada. Mientras el cargo de consejero de un ferrocarril no inhabilite por diez años al que le ejerce para todo cargo público, no se hará entrar en rodera á las Compañías ni se mo-

ralizará el servicio, me decía un pobre liberal de buena fe al día siguiente del choque de Cerro-Negro.

Y tenía razón.

NI TANTO NI TAN CALVO...

¿Pescará?

No lo sé.

Yo he visto de niño á los pescadores poner anzuelos á los peces, y he visto, ya de hombre, á los editores y empresarios poner anzuelos al público.

Pero siempre los he visto poner disimulados.

Ahora los pescadores creo que siguen poniéndolos como antes; pero los empresarios y editores parece que han simplificado el sistema, y sin molestarse como aquéllos en remedar con plumas y sedas de colores alas y cuerpos de mosquitos, presentan el anzuelo desnudo.

Sin duda por haber llegado á formarse mucho más baja idea del talento de los peces... urbanos.

Lo digo porque acabo de ver el anzuelo que un apreciable periódico de la noche tiene al público de Madrid para llevarle á ver el estreno de una novela del Sr. Pérez Galdós,